

la que deseaba ver rica, floreciendo con la vida de los vencedores y los poderosos de mañana. Desde aquel instante la madre se obcecó en hacer la felicidad de su hija, á pesar de ésta, contándole sus penas, sus lágrimas, y suplicándole que no empezase otra nueva lamentable historia. Habríase sin embargo estrellado contra la pasiva voluntad de su hija, que se había entregado para siempre, si circunstancias especiales no la hubiesen puesto en relación con el yerno que soñaba. En la villa Montefiori, en donde Darío y Benedetta habían jurado quererse, fué en donde justamente encontró al conde Prada, al hijo de Orlando, uno de los héroes de la ciudad italiana. Había ido á Roma desde Milán con su padre cuando la ocupación, época en la que sólo contaba dieciocho años, y entró al principio como empleado en el ministerio de Hacienda, mientras que el anciano combatiente, nombrado senador, vivía modestamente con una pequeña renta, último resto de una fortuna consumida en servicio de la patria. En el hijo, la hermosa manía guerrera del antiguo compañero de Garibaldi, convirtiéndose al día siguiente de la victoria en furioso apéto de botín, y llegó á ser uno de los verdaderos conquistadores de Roma, uno de los hombres de presa que despedazaban y devoraban la ciudad. Comprometido en grandes especulaciones sobre terrenos y rico ya, á lo que se decía, acababa de unirse al príncipe Onofrio, al que deslumbró, inspirándole la idea de vender el gran parque de la villa Montefiori para construir allí un barrio nuevo. Afirmaban algunos que era el amante de la condesa, de la hermosa Flavia que, aun cuando le llevaba nueve años, estaba aún de muy buen ver. Había efectivamente en él una violencia de deseo, una necesidad de conquistar, de apoderarse, que hacía desapareciere para él todo escrúpulo ante la fortuna ó la mujer ajena. Desde el primer encuentro deseó á Benedetta. A ésta no podía obtenerla como querida, no estaba más que para casarse, y no vaciló ni un solo instante; rompió en seco con Flavia, sintiendo bruscamente hambre de aquella pura virginidad, de aquella sangre patricia que circulaba por un cuerpo tan adorablemente juvenil. Cuando comprendió que Ernesta, la madre, estaba de su parte, le pidió, seguro de la victoria, la mano de su hija. Fué una sorpresa muy grande para

todos, porque Prada tenía quince años más que Benedetta, pero era conde, llevaba un apellido histórico, amontonaba millones, estaba bien visto en el Quirinal y le sonreía el camino de la fortuna. Roma entera se apasionó.

Nunca se explicó Benedetta cómo acabó por ceder. Seis meses antes, seis meses después, era indudable que semejante casamiento no se habría llevado adelante ante el horroroso escándalo que había producido en el mundo negro. ¡Una Boccanera, la última de esa antigua raza papal, entregada á un Prada, á uno de los espoliadores de la Iglesia! Fué preciso que aquel descabellado proyecto se presentase en una hora especial y breve, en el momento en que se intentaba una aproximación suprema entre el papa y el Quirinal. Corría el rumor de que iba á establecerse un acuerdo; que el rey consentía en reconocer al papa la propiedad soberana de la ciudad leonina, y de una estrecha faja de territorio que llegase hasta el mar; si esto era así ¿no iba á ser el casamiento de Benedetta y de Prada como el símbolo de la unión y de la reconciliación nacional? Aquella hermosa niña, el puro lirio del mundo negro ¿no era el holocausto consentido, la prenda entregada al mundo blanco? Durante quince días no se habló de otra cosa; se discutía, se enternecían y esperaban. Benedetta por su parte no entraba para nada en esas razones; no escuchaba más que á su corazón del que no podía disponer, puesto que lo había entregado ya. Pero desde la noche á la mañana tenía que sufrir las súplicas de su madre que le rogaba que no rehusase la fortuna, la vida que le ofrecían. Sobre todo estaba muy trabajada por los consejos de su confesor, el buen abate Pisoni, cuyo patriótico celo católico en aquella ocasión influía en ella con toda la fe que tenía en los destinos cristianos de Italia, y daba gracias á la Providencia por haber escogido una de sus ovejas para hacer que se apresurase un acuerdo que debía hacer triunfar á Dios en el mundo entero. Y, con completa seguridad que la influencia de su confesor fué una de las causas decisivas de su determinación, porque era muy piadosa y muy devota, sobre todo de una Virgen á la que iba á rezar todos los domingos en la pequeña iglesia de la plaza de Farnesio. Un hecho la impresionó mucho: el abate Pisoni le dijo que la llama de la lámpara que ardía delan-

te de la imagen volvía blanca cada vez que él se arrodillaba para suplicar á la Virgen aconsejase el redentor casamiento á su penitente. De este modo obraron fuerzas superiores y Benedetta cedió por obedecer á la madre, á la que el cardenal y *donna* Serafina, quisieron contradecir primero, y más tarde, cuando intervino la cuestión religiosa, dejaron que obrase como quisiese. Había crecido con una pureza, con una ignorancia absoluta, no sabiendo nada de sí misma; tan cerrada á la vida, que casarse con otro que no fuese Dario, era sencillamente para Benedetta la ruptura de una antigua promesa de existencia común, sin el arrancamiento físico de su corazón y de su carne. Lloró mucho, y en un día de abandono se casó con Prada, no encontrando voluntad bastante para resistir á los suyos y á todo el mundo, consumándose así un casamiento del que Roma entera había sido cómplice.

Y entonces, la noche misma de la boda, estalló el trueno. Prada, el piemontés, el italiano del Norte y de la conquista, ¿dió pruebas de la brutalidad del invasor, quiso tratar á su mujer de igual manera que tratara á la ciudad como amo impaciente de saciarse? ¿O bien la revelación del acto fué sólo imprevista para Benedetta y demasiado repulsivo para ella por parte de un hombre al que no amaba y al que no se pudo resignar á soportar? Nunca lo explicó ella con claridad; pero cerró la puerta de su cuarto con violencia, echó el cerrojo y se negó obstinadamente á recibir á su marido. Durante un mes debió haber por parte de Prada furiosas tentativas, pues aquel obstáculo á la satisfacción de su pasión le enloquecía. Sentíase ultrajado, sangraba en su orgullo y en su deseo y juró que domaría á su mujer como se doma á una yegua resabiada, á latigazos. Toda la rabia sensual de un hombre fuerte se estrelló ante la indomable voluntad que había crecido en una noche bajo la frente estrecha y encantadora de Benedetta. En ella se despertaron los Boccanera; de buen grado no quería nada y nada en el mundo, ni aun la muerte la habría obligado á querer. Además de esto había en su ánimo, ante ese brusco conocimiento del amor, un retorno á Dario, la certidumbre de que sólo á él debía entregar su cuerpo, puesto que á él sólo se lo prometió. Dario, después de celebrado el casamiento, que debió aceptar como se

acepta un duelo, emprendió un viaje á Francia. Benedetta no se ocultó; le escribió para que volviese y se comprometió de nuevo á no pertenecer á otro. Aparte de esto su devoción había ido en aumento y aquella testardez de conservar la virginidad para el amado elegido por ella se mezclaba en su culto, á un pensamiento de fidelidad á Jesús. Se reveló en ella un corazón ardiente de grande enamorada pronta á sufrir el martirio antes que faltar á la fe jurada. Y cuando madre, con las manos cruzadas y desesperada, la suplicaba que cumplierse con los deberes conyugales, respondía que ella no debía nada puesto que al casarse no sabía nada. Además de esto los tiempos cambiaron, el acuerdo en el Vaticano y el Quirinal había fracasado hasta el extremo de que los periódicos de ambos partidos habían emprendido con nuevo ardor una campaña de ultrajes y difamaciones y aquel casamiento triunfal, para el que todos trabajaron, como si se tratara de una prenda de la paz, se derrumbó entre el desastre, y no fué más que una ruina añadida á tantas otras.

Murió Ernesta; se había equivocado su existencia truncada de esposa sin goces, rematada con su supremo error de madre. Lo peor fué que se quedó sola bajo la entera responsabilidad del desastre, porque su hermano el cardenal y *donna* Serafina la abrumaron con sus reproches. Para consolarse no podía contar más que con la desesperación del abate Pisoni, que había sido doblemente herido por la pérdida de sus patrióticas esperanzas y por el pesar de haber contribuido á semejante catástrofe. Y una mañana encontraron á Ernesta muy fría y lívida en su cama. Se habló de un accidente del corazón, pero el sufrimiento debió bastar porque la desdichada sufrió de una manera horrosa, discreta, sin quejarse, como había sufrido durante toda su vida. Hacía ya cerca de un año que Benedetta estaba casada, negándose á satisfacer los deseos de su marido, pero no queriendo abandonar el domicilio conyugal para evitar á su madre la tremenda pena de un escándalo público. Sin embargo su tía Serafina influía sobre ella dándole esperanzas de una posible anulación del matrimonio si iba á arrojarse á los pies del Santo Padre. Y concluyó por convencerla desde que, cediendo ella misma á ciertos consejos, la dió como director espiritual á su propio con-

fesor, al padre jesuita Lorenzo, en reemplazo del abate Pisoni. El jesuita, que apenas tenía unos treinta y cinco años de edad, era un hombre grave y amable, de ojos claros y expresivos y de una gran fuerza para la persuasión. Benedetta no se decidió hasta el día siguiente de la muerte de su madre y sólo entonces volvió á vivir al palacio Boccanera, en las habitaciones en que ella había nacido y acabado de morir su madre. Además, en seguida se entabló el proceso pidiendo la anulación del matrimonio que se presentó para su instrucción en primera instancia ante el cardenal vicario encargado de la diócesis de Roma. Se contaba que la *contessina* no se había decidido á dar ese paso hasta después de haber obtenido una audiencia secreta del papa que la dió pruebas de simpatía y la alentó. El conde Prada habló por su parte, al principio, de obligar á su esposa por medio de una providencia judicial á regresar al domicilio conyugal. Más tarde, ante las súplicas del anciano Orlando, al que aquel asunto produjo gran pena, accedió á aceptar el pleito ante la autoridad eclesiástica, exasperándole más que nada el que la demandante alegase que el casamiento no se había consumado á consecuencia de la impotencia del marido. Este es uno de los motivos que suelen aceptarse como válidos en el tribunal romano. El abogado consistorial Morano, una de las notabilidades del foro romano, hacía constar sencillamente que aquella impotencia tenía por única causa la resistencia de la esposa, y sobre ese punto tan delicado, tan escabroso, se entabló un debate tal, que parecía imposible que de él pudiese salir la verdad; por una parte y por otra diéronse íntimos detalles en latín, se presentaron testigos, amigos, criados que habían presenciado escenas y se alegó la cohabitación de un año. Por último el documento más decisivo era un certificado firmado por dos comadronas, las que declaraban que reconocida la joven conservaba intacta su virginidad. El cardenal vicario, obrando como obispo de Roma, envió el proceso á la congregación del Concilio, lo que equivalía para Benedetta á un primer triunfo, y en este estado se hallaban las cosas esperando ella á que la congregación resolviese de una manera definitiva y con la esperanza de que la anulación religiosa del matrimonio sería un argumento irresistible para obtener

el divorcio ante los tribunales civiles. En aquellas frías habitaciones en las que su madre, sumisa y desesperada, acababa de morir, reanudó la *contessina* su vida de soltera y se mostraba muy tranquila, muy decidida en su pasión, habiendo jurado no ser más que de Dario y no entregarse á él más que el día en que un sacerdote los uniese santamente ante el altar.

Precisamente también Dario habíase ido á vivir al palacio Boccanera hacía unos seis meses á consecuencia de la muerte de su padre y de la catástrofe que le había arruinado. El conde Onofrio, que siguiendo los consejos de Prada vendió la villa Montefiori en diez millones á una sociedad financiera, dejóse arrastrar por la fiebre de la especulación que consumía á Roma, y en vez de guardarse prudentemente en el bolsillo los diez millones, se entregó á varias especulaciones, con suerte primero, pues consiguió rescatar sus propios terrenos, pero con tal desgracia después que lo perdió todo en un *krach* formidable que se tragó la fortuna de la ciudad entera. Completamente arruinado y hasta lleno de deudas no por eso dejó el príncipe de pasear por el Corso como hombre apuesto, sonriente y popular hasta que murió á consecuencia de una caída de caballo, y cuatro meses después su viuda, la siempre hermosa Flavia, que se las había arreglado de manera que pudo pescar en medio del desastre una villa moderna y cuarenta mil francos de renta, se casó con un hombre muy buen mozo, pero que tenía diez años menos que ella, con un suizo llamado Julio Laporte, antiguo sargento de la guardia suiza del Santo Padre y más tarde agente clandestino de un comercio de reliquias y á sazón por breve pontificio, marqués de Montefiori, habiendo conquistado el título al conquistar la mujer. La princesa Boccanera volvió á ser la marquesa de Montefiori. Y entonces fué cuando el cardenal Boccanera, lastimado por aquella conducta, exigió que su sobrino fuese á vivir á su lado, á una modesta habitación en el primer piso del palacio. En el corazón del santo varón, que parecía muerto para el mundo, quedaba el orgullo del apellido y una acendrada ternura hacia aquel joven débil, último de su raza y el único por el que podía retoñar el antiguo tronco. No se mostraba hostil al casamiento con Benedetta, á la que también

quería con paternal cariño y tan orgulloso y convencido de su piedad que al tenerlos juntos á su lado, desdenaba los abominables rumores que los amigos del conde Prada hacían circular por el mundo blanco desde que primo y prima habíanse reunido bajo el mismo techo. *Donna Serafina* guardaba á *Benedetta* como él lo hacía con *Darío* y en el silencio, en la sombra del vetusto desierto palacio, en otros tiempos ensangrentado tantas veces por trágicas violencias, no vivían más que ellos cuatro con sus pasiones adormecidas, y últimos vivientes de un mundo viejo que se derrumba en los umbrales de un mundo nuevo.

Cuando el abate Pedro Froment se despertó de una manera brusca, con la cabeza cargada por los penosos ensueños, se desconsoló al ver que declinaba el día; su reloj, que se apresuró á mirar, señalaba las seis, de modo que él, que deseó tan sólo descansar á lo sumo una hora, se había estado durmiendo durante siete, abrumado por un cansancio indecible. Y hasta despierto permaneció aún en el lecho como vencido ya, antes de haber combatido. ¿Por qué esa prostración, ese desaliento sin causa, ese estremecimiento de duda, procedente de no sabía dónde, que le acometieran durante su sueño y que abatía su juvenil entusiasmo de la mañana? ¿Estaban unidos los *Boecanera* á la repentina debilidad de su alma? Entre la negrura de sus ensueños había entrevisto figuras tan turbadoras, tan inquietantes, que su angustia continuaba y las evocaba aún azorado al despertarse de ese modo, en una habitación ajena y dominado por el malestar de lo desconocido. Se le figuró que las cosas no eran tan razonables y no se explicó cómo había sido *Benedetta* la que escribió al vizconde *Filiberto* de la *Choue*, para encargarle que le dijese que habían denunciado su libro á la Congregación del *Indice*, ni qué interés podía tener ella en que el autor fuese á defenderse á *Roma* y tampoco el por qué había llevado la amabilidad hasta el extremo de querer que se hospedase en su propia casa. Su estupor, en suma, nacía de verse allí como un extraño, sobre aquel lecho, y en aquella habitación del palacio, en el que sólo oía á su alrededor el gran silencio de la muerte. Con los miembros como quebrantados y como vacío el cerebro, tenía, sin embargo, una brusca lucidez y comprendió que muchas cosas se le

escapaban y que bajo aquella aparente sencillez de los hechos debía ocultarse alguna complicación. Pero esto fué sólo como un destello de luz y la sospecha se desvaneció; mas levantóse con violencia, se sacudió, acusando al triste crepúsculo de ser la causa única de aquel estremecimiento y de aquel desaliento que le avergonzaban.

Para moverse y hacer algo púsose Pedro á examinar las dos habitaciones. Sus muebles eran de caoba, sencillos, casi pobres, descabalados y que procedían de principios del siglo. La cama no tenía cortinajes como tampoco las puertas y ventanas. En el suelo, sobre el enlosado desnudo pintado de rojo y lustrado después con cera, había algunas alfombritas delante de las sillas. Y ante aquella frialdad y desnudez burguesas acabó por acordarse de la habitación en que, siendo niño, había dormido en *Versalles*, en casa de su abuela que, en tiempos de *Luis Felipe*, tuvo allí un modesto comercio de mercería. En una pared, delante de la cama, interesóle mucho un cuadro colocado allí entre grabados infantiles y sin valor. Representaba, apenas alumbrada por la luz del día en su ocaso, una figura de mujer, sentada en un basamento de piedra, en el dintel de un edificio severo y grandioso del que parecía habíanla arrojado. Las puertas de bronce acababan de cerrarse para siempre y ella permanecía allí arrebuja en un lienzo blanco, mientras que sus ropas esparcidas, tiradas con violencia, á la casualidad, arrastraban sobre los anchos peldaños de mármol. Tenía desnudos los pies, los brazos, la faz oculta entre las manos convulsionadas por el dolor, una faz que no se veía, que tapaban los rizos ondulantes de una cabellera admirable que la velaba con una nube de oro oscuro. ¿Qué dolor sin nombre, qué horrorosa vergüenza, qué execrable abandono ocultaba de ese modo aquella mujer rechazada, aquella obstinada del amor, de la que se meditaba sin cesar la historia de un corazón transido de dolor? En medio de su miseria, con aquel paño blanco sobre sus hombros, se comprendía que era muy hermosa, pero lo demás de ella pertenecía al misterio lo mismo que su pasión, puede también que su infortunio y quizás su falta. A no ser que aquello fuese tan sólo el símbolo de todo lo que se padece y llora, que no tiene rostro conocido y sufre ante la puerta eternamente

cerrada de lo desconocido. Durante largo rato estuvo contemplándola y tan bien que al cabo imaginó que distinguía su perfil de un sufrimiento y de una pureza divinas. Esto no fué empero más que una ilusión, porque el cuadro había sufrido mucho, ennegrecido, abandonado, y Pedro se preguntó de qué desconocido maestro podía ser aquel cuadro que le había conmovido hasta aquel extremo. En la pared de al lado vió una Virgen, una mala copia de un cuadro del siglo dieciocho, que no le agradó por la vulgaridad de su sonrisa.

El día declinaba cada vez más y Pedro abrió la ventana del salón y se echó de bruces en su antepecho. Enfrente de él, y al otro lado del río Tíber, se elevaba el monte Janículo, el mismo desde donde había contemplado por la mañana á Roma; pero ésta no era ya, á esa hora indecisa, la ciudad de juventud y de ensueños iluminada por el sol matinal; llovía la noche en una ceniza gris, el horizonte se inundaba de sombra haciéndose indistinto, tenebroso. Allá abajo á la derecha se adivinaba aún el Palatino por cima de los techos, y á la derecha seguía siempre la cúpula de San Pedro, de color de pizarra, bajo un cielo de plomo, mientras que á su espalda, el Quirinal, al que no podía ver, debía desaparecer ensombrecido por la bruma. Pasaron aún algunos minutos, todo se fué haciendo más confuso y vió cómo Roma se desvanecía, se borraba en su inmensidad que él no conocía. Apoderáronse de él otra vez la duda y la inquietud, pero fué esto de una manera tan dolorosa que no pudo permanecer más tiempo en la ventana, que cerró. Fuese á sentar y dejó que las tinieblas le rodeasen envolviéndole con una ola de tristeza infinita. Su desesperado ensimismamiento no concluyó hasta que la puerta se abrió quedamente y la luz de una lámpara alegró la habitación con su claridad.

Era Victorina que entraba con mucha precaución llevando una luz.

—¡Ah! Ya estáis levantado, señor abate. Vine á eso de las cuatro y os dejé dormir, obrasteis muy cuerdateamente descansando todo lo que necesitábais.

—Sí, efectivamente lo necesitaba.

Al oírle quejar de aquel cansancio y estremecimientos se inquietó Victorina.

—¡No vayáis á coger unas malditas calenturas! Habé, de saber que la vecindad del río no es sana. Don Vigilio, el secretario de su eminencia, las tiene y os aseguro que no son cosa buena.

Aconsejóle entonces que no bajase y que se acostase, ofreciéndole que le excusaría con la princesa y con la *contessina*. Acabó por dejarla hacer y decir, por qué no se hallaba en el caso de tener voluntad. Siguiendo sus consejos comió, tomó un plato de sopa, un alón de pollo y confituras que Giacomo el lacayo le subió. Esa comida le sentó muy bien y se sintió como repuesto hasta el punto de que se negó á meterse en cama y se empeñó en absoluto en dar las gracias á aquellas señoras, sin esperar á más, por su amable hospitalidad. Puesto que *donna* Serafina recibía los lunes, se presentaría aquella misma noche.

—¡Bueno! ¡Bueno! — dijo Victorina aprobando. — Desde el momento en que os encontráis bien, eso os distraerá... Lo mejor es que don Vigilio, vuestro vecino, entre á buscaros á las nueve y que sea él quien os acompañe. Esperadle.

Había terminado Pedro la operación de lavarse y ponerse la sotana nueva, cuando á las nueve en punto dieron un discreto golpecito en la puerta. Presentóse un presbítero bajito, de unos treinta años apenas, flaco y débil, de rostro largo y demacrado, y de color de azafrán. Hacía dos años que todos los días, á la misma hora, experimentaba accesos de calentura que le consumían; pero en su faz amarillenta, y cuando se olvidaba de apagar su fulgor, brillaban sus negros ojos abrasados por su alma de fuego. Hizo una reverencia y dijo sencillamente con un francés muy puro.

—Soy don Vigilio, señor abate, y estoy á vuestro servicio, ¿queréis que bajemos?

Siguióle inmediatamente Pedro dándole las gracias. Don Vigilio no dijo nada más y se limitó á responder con sonrisas. Bajaron por la escalerilla y llegaron hasta el vasto descanso del segundo piso en la escalera de honor, quedándose Pedro sorprendido y triste al ver su poca iluminación. A largas distancias unos de otros, mecheros de gas como esos de las casas amuebladas modestamente, mecheros cuyas manchas amarillas alumbraban apenas las pro-

fúndas finieblas de aquellos elevados corredores que no tenían fin. Era gigantesco y fúnebre. Hasta en el recibimiento en donde estaba la puerta de las habitaciones de *donna* Serafina enfrente de la que conducía á las de su sobrina, nada indicaba que allí hubiese aquella noche aquella recepción. La puerta seguía estando cerrada y ni un solo ruido salía de aquellas habitaciones para turbar el silencio de muerte que reinaba en el mundo entero. Fué don Vigilio el que, después de hacerle una nueva reverencia, dió discretamente vuelta al botón sin llamar.

Una sola lámpara de petróleo, colocada sobre una mesa, iluminaba la antecámara, vasta sala de desnudas paredes pintadas al fresco imitando una tapicería rojo y oro, recogidos regularmente los paños á la antigua. En las sillas veíanse algunos gabanes de hombre, dos abrigos de señora, mientras que los sombreros cubrían una consola. Un criado, sentado de espaldas á la pared, dormitaba.

En el momento en que don Vigilio se apartaba á un lado para hacerle pasar al primer salón, una habitación tapizada de brocado rojo, que estaba medio á oscuras y que creía vacía, encontróse Pedro cara á cara con una negra aparición, una mujer con traje negro cuyo rostro no le fué posible ver en el primer momento. Afortunadamente oyó á su compañero que decía, inclinándose:

—*Contessina*, tengo el honor de presentaros al señor abate Pedro Froment, que ha llegado de Francia hoy por la mañana.

Durante un momento permaneció solo con Benedetta en medio de aquel salón desierto, iluminado con la luz adormecedora de dos lámparas con pantallas de encaje; pero al presente ofase rumor de voces procedentes del salón vecino; de un gran salón cuya puerta, abierta de par en par, recortaba como un cuadro de una claridad más viva.

La *Contessina* se mostró en seguida muy amable y le acogió con perfecta sencillez.

—¡Cuánto celebro veros, señor abate! Temí mucho que vuestra indisposición fuese cosa grave y ya estáis completamente repuesto, ¿no es verdad?

La escuchó seduciéndole su voz lenta, ligeramente gruesa, en la que toda una pasión contenida parecía pasar en

medio de la prudente razón. Veíala al fin con sus cabellos tan abundantes y negros, su cutis tan blanco, de una blancura semejante á la del marfil. Tenía redondo el rostro, los labios un poco gruesos, la nariz muy fina y los rasgos todos en fin de una delicadeza de niña; pero sobre todo eran los ojos: los que en ella vivían, ojos rasgados, inmensos, de una profundidad infinita y en los que nadie estaba seguro de leer. ¿Dormía? ¿Soñaba? ¿Ocultaba la tensión ardiente de las grandes santas y de las grandes enamoradas bajo la inmovilidad de su rostro? Tan blanca, tan joven, tan tranquila, tenía unos movimientos armoniosos, una apostura muy reflexiva, noble y rítmica. En las orejas llevaba dos gruesas perlas de una pureza admirable; perlas que procedían de un célebre collar de su madre y que Roma entera conocía.

Excusóse Pedro dando las gracias.

—Estoy confuso, señora, porque hubiera querido manifestaros desde hoy por la mañana cuán agradecido os estoy por vuestra gran bondad.

Por un momento vaciló antes de llamarla señora acordándose del motivo en que basaba su instancia de nulidad de matrimonio, pero indudablemente todo el mundo la llamaba así. Su rostro por otra parte continuó con su expresión serena y bondadosa y además la *contessina* quiso alentarle.

—Aquí estáis en vuestra casa, señor abate, y para ello basta que nuestro pariente, el señor de la Choue, os quiera y se interese por vuestra obra. Ya sabéis que yo le profeso gran cariño...

Su voz se turbó un poco: acababa de comprender que debía hablar del libro, única causa del viaje y de la hospitalidad ofrecida.

—Sí, el vizconde fué el que me envió vuestro libro. Lo leí y me pareció bueno. Me turbó; porque yo no soy más que una ignorante y no lo he comprendido todo. Será por tanto necesario que hablemos y que me expliquéis vuestras ideas, ¿lo haréis, señor abate?

En aquellos rasgados ojos claros, que no sabían mentir, leyó entonces Pedro la sorpresa, la emoción de un alma de niña al hallarse frente á frente de problemas en los que jamás había meditado. ¿No sería ella la que se hubie-

se apasionado, que hubiese querido tenerle á su lado, para sostenerle, para ser de la victoria? Sospechó de nuevo la existencia de una influencia secreta, y esta vez con gran claridad, de alguno en fin cuya mano lo dirigía todo hacia un objeto ignorado; pero estaba encantado con tanta sencillez y franqueza en una criatura tan hermosa como joven y noble y se entregaba á ella é iba á decirle que podía disponer de él por completo, cuando le interrumpió la llegada de otra señora, igualmente vestida de negro cuya alta estatura y delgado talle se recortó duramente en el centro del cuadro luminoso de la puerta abierta de par en par del salón inmediato.

—¡Y bien! ¿Has mandado, Benedetta, á Giacomo que suba á enterarse? Don Vigilio acaba de entrar y se ha presentado solo. Eso es inconveniente.

—No hay nada de eso, tía, el señor abate está aquí. Y se apresuró á presentarlos el uno al otro.

—El señor abate Pedro Froment... La princesa Boccanera.

Cambiáronse ceremoniosos saludos. La princesa debía frisar en los sesenta y de tal manera se apretaba el talle que, vista de espalda, habríanla tomado por una joven. Esta era, por otra parte, su última coquetería, tenía todo el pelo blanco, espeso y rudo aun, no conservando más que las pestañas negras en su larga faz de grandes arrugas en la que campeaba la gran nariz voluntariosa de la familia. No había sido nunca hermosa y permaneció soltera herida mortalmente por el conde Brandini que eligió á Ernesta, menor que ella, y desde entonces resolvió buscar sus goces en la satisfacción única del orgullo hereditario del apellido que llevaba. Entre los Boccanera habíanse ya contado dos papas y confiaba en no morir antes de ver á su hermano el cardenal ser el tercero. Convirtiéndose en su ama de gobierno secreta, no se separó nunca de su lado, velando por él, aconsejándole, dirigiendo la casa como soberana y haciendo milagros para ocultar la ruina lenta que hacía se derrumbasen los techos sobre sus cabezas. Si hacía treinta años que todos los lunes recibía á alguna persona de su intimidad, todas del Vaticano, era por alta política, para seguir al frente del salón del mundo negro, una fuerza y una amenaza.

Pedro adivinó también cuán poco pesaba su presencia en su ánimo, pues no se trataba más que de un humilde presbítero que no era siquiera prelado. Y esto siguió admirándole, contribuyendo á que de nuevo se hiciese la obscura pregunta: ¿por qué le habían distinguido y que iba á hacer él en aquel mundo cerrado á los humildes? Sabía que la princesa era una mujer de una austeridad y de una devoción extremadas y acabó por figurarse que le recibía únicamente por miramiento hacia el vizconde, porque ella, á su vez, no encontró más frase que esta:

—¡Qué contentos estamos al recibir buenas noticias del señor de la Chouel Hace dos años ¡qué buena peregrinación nos trajó!

Pasó la primera é introdujo al cabo al joven presbítero en el salón inmediato que era una vasta habitación cuadrada tapizada con brocatel amarillo antiguo, con grandes flores estilo Luis XIV. El techo, que era muy elevado, tenía un revestimiento maravilloso de madera esculpida y pintada con artesonados adornados con rosas de oro. El mobiliario en cambio estaba descabulado. Grandes espejos, dos soberbias consolas doradas, algunos hermosos sillones del siglo xvii y todo el resto lamentable, un velador viejo estilo imperio, venido no se sabía de dónde, cosas heterogéneas compradas en algún bazar, fotografías horribles arrastrándose por cima del precioso mármol de las consolas. En las paredes unos cuantos cuadros antiguos nada más que medianos, excepción hecha de uno primitivo, desconocido y delicioso, una Visitación del siglo xiv con una Virgen muy pequeñita, con la delicadeza y pureza de una niña de diez años, mientras que el Angel era inmenso, soberbio y la inundaba con una ola de amor resplandeciente y sobrehumano. Enfrente veíase un antiguo retrato de familia, el de una joven muy hermosa, que tenía la cabeza cubierta con una especie de turbante, y que se creía era el de Cassia Boccanera, la enamorada y justiciera que se arrojó al Tíber con su hermano Ercole y con el cadáver de su hermano Flavio Corradini. Cuatro lámparas iluminaban con una luz tranquila aquella deslucida habitación como amarilleada por el resplandor de una melancólica postura de sol, grave, vacía y desnuda sin ramo de flores. *Donna Serafina* presentó en seguida á